

¡BASTA YA!

Por: Luis E. Quispe Candia (*)

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), “la contaminación acústica en las ciudades no solamente es una molestia, sino una amenaza para la salud pública”. En nuestro país es mucho más grave por el uso y abuso de la bocina de los vehículos, que provocan desde insomnio hasta ataques al corazón; pasando por problemas de audición, aprendizaje, estrés e irritabilidad.

Un día cualquiera, Lima amanece con sus casi diez millones de habitantes y seis millones de limeños se disponen a cumplir con la jornada prevista. Una ciudad extendida en más de 60 kilómetros de largo, rodeada de asentamientos humanos que siguen tomando los arenales y las laderas de áridos cerros; y, a causa de no haber sido planificada, hasta las viviendas “dormitorio” –se les dicen así porque únicamente se llega a dormir– los limeños deben cruzar presurosos, con dos horas de anticipación, para llegar a tiempo al trabajo, la oficina, a la universidad, al hospital o cualquier destino que exija premura.

Cuando los vehículos de transporte “piratas” (sin autorización municipal) cumplen con la última vuelta antes de que amanezca, los que cuentan con tarjeta de circulación rugen sus motores. Más de 30 mil combis, cústeres y buses obsoletos o nuevos, desde algún lugar se incorporan a la ruta. Los cobradores llaman a sus pasajeros a viva voz, y los conductores contribuyen con insistentes bocinazos. Se suman más de 150 mil taxis, que hacen de colectivos en las primeras horas de la mañana, compitiendo con ventaja frente al deficiente transporte urbano, ofreciendo un menor tiempo de viaje por las vías troncales de la ciudad, anunciando su destino en el parabrisas y llamando a los pasajeros que se quedaron dormidos o prefieren la comodidad de viajar sentados, a punta de toques de claxon.

Casi dos millones de vehículos particulares, motocicletas, mototaxis y camiones invaden las calles de la ciudad. El padre, frente al timón, espera en la puerta de su casa con el motor encendido, a sus cotidianos acompañantes: los chicos al colegio y la esposa a su trabajo. Se demoran en salir. Mira su reloj una y otra vez, y ante la tardanza recurre con rabia al claxon para expresar su impaciencia. Los que conducen mototaxis deben aprovechar las primeras horas del día para aumentar su renta. Suben el monto del pasaje porque el libre mercado lo permite, compiten contra sus similares y con cualquier vehículo que se encuentre a su paso –sin mejor idea que con el claxon acondicionado de su auto- y un equipo de sonido que, a todo volumen, hace notar su presencia. Y por si fuera poco en las motocicletas lineales han instalado sirenas de vehículos de emergencia, “ingeniosa idea” para abrirse paso zigzagueando en la congestión vehicular.

Los camioneros han pernoctado las últimas horas de noche en las estaciones de servicio o en las bermas laterales cercanas a la ciudad, calculando el tiempo para el

desembarque. Avanzan imponentes por el carril que no corresponde. El estruendo de las bocinas de aire comprimido, prohibido en la ciudad, retumba decenas de cuadras a la redonda, advierte a los conductores su demoledora presencia, y obliga a quienes se encuentran cerca a taparse los oídos sintomáticamente, sin poder evitar el daño.

Son las 7:30 a. m., el tránsito se torna cada vez más lento. Comienzan los gritos e insultos, pero el claxon resulta más eficaz en los cuellos de botella, en el semáforo que tiene el tiempo del ciclo semafórico “mal programado”, en la intersección donde el policía de tránsito impone su criterio, ignorando finalmente la señal de las luces del semáforo, al no apagarlas como dispone el reglamento. El claxon es la solución, todos tocan el claxon, cada vez con más insistencia y rabia. La congestión es total, no hay forma de avanzar, el claxon sirve de catarsis al conductor, claxon para adelantar, claxon para llamar la atención, claxon al que no avanza, claxon al peatón para que camine más rápido. ¡Claxon, claxon, claxon!, 10 mil, 100 mil, un millón, más de tres millones de vehículos tocan el claxon innecesariamente en nuestro país. Nuestra mala conducta como nación nos muestra salvajes en la jungla urbana. Somos una vergüenza frente al mundo.

Las disposiciones del Reglamento Nacional de Tránsito, resultan solo un enunciado; el artículo 98° señala: **“El conductor sólo debe utilizar la bocina del vehículo que conduce para evitar situaciones peligrosas y no para llamar la atención en forma innecesaria. El conductor no debe causar molestias o inconvenientes a otras personas con el ruido de la bocina o del motor con aceleraciones repetidas al vacío”**. Para que esta disposición se cumpla el reglamento establece dos infracciones: L-7 *“Utilizar la bocina para llamar la atención en forma innecesaria”*, Calificación: Leve, Sanción: Multa de 4% UIT (S/. 154.00); si se acoge al descuento solo paga S/.26.18, y L-8 *“Hacer uso de bocinas de descarga de aire comprimido en el ámbito urbano”*. Calificación: Leve, con igual sanción y beneficio, ambos acumulan 5 puntos para la suspensión de la licencia de conducir. ¿Cómo puede ser leve y laxa una agresión tan lesiva a la salud de la población?

El anuario de la Policía Nacional del Perú del 2014 señala que de 1'330,959 papeletas, por la infracción L-7 fueron impuestas 73,268; y L-8, 1,496. ¿Cuánto ha cambiado la actitud renuente de los conductores? Nada.

El reglamento primigenio calificaba las infracciones aludidas de Graves, pero deberían ser Muy Graves y sin ningún beneficio.

Está claro que la contaminación acústica causa daño directo a la persona, cuando la presión sonora supera los 60 decibelios (dB). No es suficiente la preocupación de la OMS, leyes y ordenanzas ya existen. Hace falta que cada peruano entienda el daño que causa con el ruido infernal motivado por las bocinas.

Por favor, ¡basta ya!

(*) Presidente de Luz Ámbar.

ALGUNOS RUIDOS Y SUS NIVELES

La intensidad del ruido se mide en decibelios (dB). El límite aceptable de ruido para el oído humano es de 65 dB según la OMS (Organización Mundial de la salud). El ruido pasa a ser doloroso, cuando se sobrepasan los 125 dB llegando al umbral de dolor a los 140 dB.

Pájaros trinando	10 dB
Rumor de hojas	20 dB
Biblioteca.....	30 dB
Ordenador personal.....	40 dB
Conversación normal.....	50 dB
Aspiradora	65 dB
Oficina (+15 personas).....	70 dB
Camión de la basura.....	75 dB
Interior fábrica.....	80 dB
Tráfico rodado.....	85 dB
Bocina automóvil en un atasco.....	90 dB
Bocina autobús.....	100 dB
Interior discoteca.....	110 dB
Motocicletas sin silenciador.....	115 dB
Taladro.....	120 dB
Avión sobre la ciudad.....	130 dB
Avión despegando (a 25 m.).....	140 dB